

## Capítulo 18

### DIOS ES MISERICORDIOSO.

*Padre santo, tu sabiduría estimula nuestra admiración, tu poder nos llena de temor, tu omnipresencia convierte todos los rincones de la tierra en suelo sagrado, pero ¿cómo te agradeceremos tu misericordia, que desciende hasta lo más bajo de nuestra necesidad para darnos gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar de espíritu angustiado? Bendecimos tu misericordia, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.*

Cuando nosotros los hijos de las sombras, alcancemos por fin nuestro hogar en la luz por medio de la sangre del pacto eterno, tendremos mil cuerdas en nuestra arpa, pero muy bien pudiera suceder que la más dulce de todas fuera la afinada para que suene de la manera más perfecta en honor de la misericordia de Dios.

¿Con qué derecho estaremos allí? ¿Acaso no tomamos parte con nuestros pecados en esa impía rebelión que trató de destronar por la fuerza al glorioso Rey de la creación? ¿Y acaso también no caminamos en el pasado según los caminos de este mundo, según el príncipe maligno del poder del aire, el espíritu que obra ahora en los hijos de desobediencia? ¿No vivíamos todos en los apetitos de nuestra carne? ¿No éramos por naturaleza hijos de ira, igual que los demás? Con todo, nosotros, que éramos en un tiempo enemigos y alejados de Él en nuestra mente debido a las obras de maldad, veremos entonces a Dios cara a cara, y llevaremos su nombre en nuestra frente. Los que nos ganamos la destrucción, disfrutaremos de la comunión; los que merecemos los dolores del infierno, conoceremos la bienaventuranza del cielo. Todo gracias a la tierna misericordia de Dios, por la que nos ha visitado la Aurora de lo alto.

*Cuando todas tus misericordias, mi Dios,  
mi ascendiente alma examina,  
transportado con lo que veo, me siento perdido  
en mi asombro, amor y alabanza.*

*Joseph Addison*

La misericordia es un atributo de Dios; una energía infinita e inagotable interna a la naturaleza divina que predispone a Dios a ser activamente compasivo. Tanto el Antiguo Testamento, como el Nuevo, proclaman la misericordia de Dios, pero el Antiguo dice sobre ella más de cuatro veces lo que dice el Nuevo.

Debiéramos desterrar para siempre de nuestra mente la noción común, pero errónea, de que la justicia y el juicio caracterizan al Dios de Israel, mientras que la misericordia y la gracia pertenecen al Señor de la Iglesia. En realidad, en principio no hay diferencia alguna entre el Antiguo Testamento y el

Nuevo. En las Escrituras del Nuevo Testamento hay un desarrollo más pleno de las verdades redentoras, pero es un mismo Dios el que habla en ambas dispensaciones, y lo que Él dice está de acuerdo con lo que Él es. Dondequiera y cada vez que Dios se aparece a los hombres, actúa como quien es. Ya sea en el huerto del Edén, o en el de Getsemaní, Dios es tan misericordioso como justo. Él siempre ha tratado a la humanidad con misericordia, y siempre la tratará con justicia cuando su misericordia sea despreciada. Así lo hizo en los tiempos anteriores al Diluvio; así, cuando Cristo caminaba entre los hombres; así lo está haciendo hoy, y siempre lo seguirá haciendo, por la sola razón de que Él es Dios.

Si pudiésemos recordar que la misericordia divina no es un estado temporal de humor en Dios, sino un atributo de su ser eterno, nunca temeríamos que un día dejase de existir. La misericordia nunca comenzó a ser, sino que era desde la eternidad; de igual manera, nunca dejará de ser. Nunca será mayor, puesto que en sí misma es infinita, y nunca será menor, porque lo infinito no puede sufrir disminución. Nada de cuanto ha ocurrido u ocurrirá en el cielo, en la tierra o en el infierno, podrá cambiar las tiernas misericordias de nuestro Dios. Su misericordia permanece para siempre, como una inmensidad sobrecogedora y sin límites de piedad y compasión divinas.

Así como el juicio es la justicia de Dios al confrontar la iniquidad moral, de igual manera la misericordia de Dios es su bondad al confrontar el sufrimiento y la culpa de los humanos. Si no hubiese culpa alguna en el mundo, ni dolor ni lágrimas, Dios seguiría siendo aun infinitamente misericordioso, pero es probable que su misericordia se hubiese quedado escondida en su corazón, desconocida del universo creado. Ninguna voz se hubiera alzado para celebrar la misericordia de la cual nadie habría sentido necesidad. Son la angustia y el pecado de los humanos los que han hecho salir a la luz la misericordia divina.

*El Señor es clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor. No sostiene para siempre su querrela ni guarda rencor eternamente. No nos trata conforme a nuestros pecados ni nos paga según nuestras maldades. Salmo 103:8-10*

“¡Kyrie eléison! ¡Christe eléison!” [en griego, ¡Señor, misericordia, Cristo, misericordia!, n. del t.], ha suplicado la Iglesia a lo largo de los siglos, pero si no me equivoco, oigo en la voz de su súplica una nota de tristeza y desespero. Su lastimero clamor, tan frecuentemente repetido en ese tono de resignado abatimiento, lo lleva a uno a deducir que está pidiendo una dádiva que en realidad no espera recibir nunca. Aunque siga cumpliendo con su deber de cantar sobre las grandezas de Dios, y recitar el credo más veces de las que se tiene memoria, su petición de misericordia suena como una esperanza abandonada, y nada más como si la misericordia fuera un don divino que se debiera añorar, pero nunca disfrutar en realidad.

¿Será nuestra incapacidad para capturar el puro gozo de la misericordia gozosamente experimentada, una consecuencia de nuestra incredulidad, de nuestra ignorancia, o de ambas? Así fue una vez en Israel. “Porque yo les doy testimonio”, dice Pablo, “de que tienen celo de Dios, pero no conforme a

ciencia.” Fracasaron porque había al menos una cosa que no conocían; una cosa que lo habría cambiado todo. Y sobre Israel en el desierto, el escritor de la epístola a los Hebreos dice: “Pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron.” Para recibir misericordia, primero tenemos que saber que Dios es misericordioso. Y no basta con creer que una vez manifestó su misericordia con Noé, Abraham o David, y la mostrará nuevamente en algún día feliz del futuro. Debemos creer que la misericordia de Dios no tiene límites, es gratuita, y por medio de Jesucristo nuestro Señor está disponible para nosotros hoy, en nuestra situación presente.

Podemos estar suplicando misericordia durante toda una vida de incredulidad, y al final de nuestros días, no estaremos aún más que tristemente esperanzados de recibirla en algún lugar y en algún momento. Esto sería como morirnos de hambre fuera de una sala de banquetes a la que hemos sido cálidamente invitados. O podemos, si queremos, aferrarnos por fe a la misericordia de Dios, entrar al salón y sentarnos junto con las almas osadas y ávidas que no permiten que la timidez y la incredulidad las alejen del festín de ricos manjares preparado para ellas.

*Levántate, alma mía, levántate; sacude tus culpables temores;  
el sangriento sacrificio por mi bien aparece:  
ante el trono comparece quien es mi Seguridad,  
y lleva mi nombre escrito en las manos.*

*Mi Dios se ha reconciliado conmigo; su voz perdonadora escucho:  
Él es mi dueño y yo su hijo; ya no tengo que seguir temiendo:  
con confianza, ahora me acerco  
y clamo “Padre, Abbá, Padre”.*

*Charles Wesley*